



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Ariza, Marina; Solís, Patricio  
Dinámica socioeconómica y segregación espacial en tres áreas metropolitanas de México, 1990 y  
2000  
Estudios Sociológicos, vol. XXVII, núm. 79, 2009, pp. 171-209  
El Colegio de México, A.C.  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59820689006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **Dinámica socioeconómica y segregación espacial en tres áreas metropolitanas de México, 1990 y 2000\***

*Marina Ariza  
Patricio Solís*

### **Introducción**

EN LA MAYORÍA de los países de América Latina, las décadas de finales del siglo XX han constituido un periodo de profundos cambios sociales y económicos. Teniendo como momento crítico común la crisis del llamado modelo de sustitución de importaciones hacia finales de los años setenta, una serie de transformaciones estructurales ha modificado el perfil económico de las sociedades latinoamericanas reposicionándolas en el contexto de la división internacional del trabajo. La acentuada vocación externa, la reconversión de la industria manufacturera, el crecimiento de los servicios, la reducción del papel social del Estado, la flexibilidad y la desprotección laboral, son algunos de los hitos que sintetizan el conjunto de las transformaciones ocurridas. Dichos cambios se esgrimieron como paso necesario para allanar el camino hacia la integración exitosa de las economías latinoamericanas en el cada vez más competitivo entorno internacional.

La delineación del nuevo escenario incluía también una dimensión espacial en la medida en que contemplaba una refuncionalización del papel económico de las ciudades. A la excesiva centralización espacial de la producción que caracterizó al antiguo esquema de crecimiento, expresada de forma elocuente en la pronunciada primacía del mapa urbano latinoamericano, suce-

\* Agradecemos al Instituto Nacional de Geografía y Estadística, en especial al ingeniero Pedro Cornejo y a la licenciada Marcela Eternod, el apoyo brindado en el procesamiento de las bases de datos en que se sustenta parte de la información elaborada para este artículo. Asimismo, expresamos nuestro agradecimiento al Departamento de Sistemas de Información Geográfica de El Colegio de México por su apoyo para procesar los datos espaciales de este artículo.

dería un patrón más diversificado en la localización de la inversión dictado en gran medida por la ubicación estratégica de los centros urbanos de cara a la integración económica global. Este proceso de diversificación regional de las actividades productivas estaría acompañado de transformaciones paralelas en la especialización económica de las ciudades en virtud de las cuales las de mayor tamaño (metrópolis) acentuarían su carácter terciario, mientras las restantes fortalecerían su papel como productoras de bienes manufacturados (Stanback y Noyelle, 1982, citados por Pozos, 1996). Dichos cambios serían a su vez relativamente más acentuados en las metrópolis que en las ciudades de menor tamaño (Stanback y Noyelle, 1982, citados por Pozos, 1996).

Al cabo de varias décadas de haber entrado en vigencia el nuevo modelo de crecimiento económico, no queda lugar a dudas que una de sus consecuencias menos deseables ha sido el aumento de la desigualdad social. Ciertamente era difícil que no sucediera así cuando, por un lado y en aras de la competitividad internacional, quedaron sin efecto varios de los mecanismos institucionales que —vía la redistribución social— permitían paliar algunos de los efectos negativos inherentes a la economía de mercado, y por el otro varios altibajos económicos sacudieron a las economías latinoamericanas en el esfuerzo constante por encauzar un modelo de crecimiento que incrementaba su vulnerabilidad externa. Aun cuando los perfiles de esta creciente desigualdad han sido destacados de múltiples maneras, son pocos los estudios que en América Latina abordan su dimensión espacial.

Tomando como objeto de análisis las tres más importantes metrópolis del país (México, Guadalajara y Monterrey), el presente trabajo se centra en la segregación residencial socioeconómica (SRS) como manifestación particular de la desigualdad social. El objetivo es conocer si las profundas transformaciones ocurridas en el contexto económico nacional en las últimas décadas han estado acompañadas también de una profundización de la división social del espacio entre 1990 y 2000. La fuente de información empleada son los censos de población para cada uno de estos años y la unidad de referencia espacial es el área geoestadística básica (AGEB).

El trabajo se divide en seis partes. En la primera llevamos a cabo una somera revisión de algunos de los antecedentes más importantes de los estudios de segregación espacial en México, abrevando principalmente en los aportes provenientes de la sociodemografía, campo disciplinario en el que se ubican los autores. En la segunda, realizamos una descripción de los rasgos demográficos y socioeconómicos que distinguen a estas ciudades con la finalidad de proveer un contexto de referencia para la interpretación de los hallazgos. En la tercera exponemos la metodología y los indicadores empleados para la medición de la segregación residencial socioeconómica en las

tres áreas metropolitanas en cuestión, seguidos en la cuarta parte de una exposición de las tendencias encontradas en los dos años de referencia, 1990 y 2000. En la quinta parte intentamos reflexionar acerca de las relaciones entre el cambio socioeconómico y las pautas observadas en la distribución social del espacio urbano en el caso de México, para concluir en la última parte con una breve síntesis de los hallazgos.

### **I. Antecedentes de los estudios de segregación espacial en México**

A pesar de su indudable relevancia analítica, son pocas las investigaciones de la sociodemografía mexicana que abordan el estudio de la segregación espacial.<sup>1</sup> Una somera inspección a los textos publicados desde la década de los ochenta arroja poco más de una docena. Como destaca Schteingart (2001) en su revisión sobre el tema, tal escasez obedece en parte a obstáculos metodológicos derivados de las limitaciones que a la desagregación espacial planteaban las distintas fuentes censales. Ha sido sólo a partir del censo de 1990 cuando se ha alcanzado, simultáneamente, *a)* una mayor desagregación espacial al nivel de las llamadas áreas geoestadísticas básicas o AGEB, y *b)* una extensión de la factibilidad de esta escala de análisis a otras áreas metropolitanas, además de la Ciudad de México. Antes de esta fecha, las investigaciones centradas en análisis empíricos de áreas metropolitanas debían focalizarse exclusivamente en la Ciudad de México y su zona conurbada, pues sólo para ella existía la información relativa a la diferenciación espacial al nivel de desagregación de las delegaciones y/o municipios, unidades espaciales mucho más grandes y heterogéneas que las actuales AGEB.

El año de 1990 aparece, por tanto, como una fecha fundamental en la trayectoria seguida por gran parte de los estudios de segregación espacial en el país. Tomándolo como referencia podemos clasificar en un antes y después las investigaciones realizadas, destacando sus rasgos diferenciales en uno y otro momento del tiempo. Aquéllas efectuadas entre 1980 y 1990 (Rubalcava y Schteingart, 1985 y 1987; Delgado, 1990), toman como periodo de análisis los años de mayor celeridad del crecimiento urbano del país (1950-1970; 1950-1987), y procuran encontrar patrones en la distribución diferencial de las unidades espaciales (municipios o delegaciones) de acuerdo con ciertas características socioeconómicas (indicadores de desigualdad social

<sup>1</sup> La revisión de los antecedentes que recogemos en este apartado persigue ante todo una finalidad analítica y no pretende ser exhaustiva. Como señalamos con anterioridad, se realiza principalmente desde una óptica sociodemográfica.

tales como: el ingreso, la escolaridad, la población trabajadora y sus tipos; o diferencias en el nivel de equipamiento y los servicios públicos). De forma directa o indirecta, estos esfuerzos dialogan con algunas de las ideas seminales en los estudios de segregación espacial, como la de la curva decreciente que cualquier indicador estadístico mostraría conforme se incrementa su distancia del centro (Burgess, 1929, citado por Delgado, 1990). El acercamiento metodológico es diverso, pero dos de las investigaciones revisadas recurren a modelos estadísticos (análisis factorial) para establecer los niveles de estratificación de las unidades espaciales observadas.

Es interesante destacar la concordancia entre los hallazgos empíricos más relevantes de estas investigaciones. Por un lado, se corrobora la existencia de un proceso de consolidación urbana en clara correspondencia con el importante momento de expansión que por esos años vive la ciudad principal,<sup>2</sup> en el contexto del *crecimiento estabilizador* impulsado por el modelo de sustitución de importaciones. Por otro, se constata que dicha tendencia tiene lugar en concomitancia con procesos no menos significativos de segmentación y polarización socioespacial, los que tienden a acentuarse a partir de 1970.<sup>3</sup>

Las investigaciones posteriores a 1990, en cambio, son más diversificadas tanto en lo que se refiere a las unidades espaciales utilizadas y las ciudades objeto de atención, como a las metodologías o estrategias analíticas, aunque hay que señalar que sigue predominando el recurso al análisis factorial como método estadístico preferido para delimitar los niveles de estratificación socioeconómica (Alegría, 1994; Rubalcava y Chavarría, 1999a y b; Garza, 1999a; Rubalcava y Schteingart, 2000a y b; Hernández Gómez, 2001; Duhau, 2003). El periodo de análisis al que se abocan ya no es el de crecimiento estabilizador acompañado de altas tasas de urbanización, sino las décadas de los ochenta y noventa: los años de crisis y reestructuración económica, de desaceleración del incremento poblacional y de descenso en el ritmo de urbanización a nivel nacional. Si bien casi todos los estudios se centran en el año de 1990, por las razones antes expuestas, hay esfuerzos por establecer comparaciones tempo-

<sup>2</sup> Esta consolidación implica un mejoramiento de las condiciones socio-espaciales de la periferia de la ciudad, a medida que avanza la introducción de servicios en ella.

<sup>3</sup> Tal segregación queda de manifiesto, entre otros aspectos, en un proceso de urbanización selectivo y diferenciado que circunscribió espacialmente el crecimiento de los sectores medios a ciertos municipios, a la vez que replegó a los estratos pobres hacia determinadas zonas de la ciudad, como el oriente en el caso de la Ciudad de México (Delgado, 1990). Históricamente se han conformado así dos ejes de diferenciación espacial: uno que opone el norte y el sur de la ciudad, otro, el oriente y poniente, donde el sur y el poniente constituyen los nichos privilegiados en términos socioeconómicos (Schteingart, 2001).

rales con años previos que necesariamente implican modificar las unidades espaciales de referencia en detrimento de la comparabilidad,<sup>4</sup> pero que no dejan de arrojar resultados valiosos (Rubalcava y Schteingart, 2000a; Garza, 1999a y b). Antes que en el eje temporal, es en la dimensión espacial donde se observa la mayor diversificación analítica en este segundo subconjunto de trabajos, al ampliarse de forma importante el número de metrópolis analizadas. Junto a la Ciudad de México figuran también Guadalajara, Monterrey, Puebla y Tijuana. A los indicadores tradicionales de segregación socioeconómica (porcentajes de población con determinadas características: ingreso, escolaridad, agua entubada, PEA, tenencia, etc., en cada estrato), se suman ahora la construcción de índices de marginación (Rubalcava y Chavarría, 1999a y b) y de segregación espacial (Hernández Gómez, 2001).

Los resultados a que estas distintas investigaciones arriban son dispares, pero existen algunos puntos de encuentro. En la dimensión *temporal*, y en lo que a la segregación socioespacial se refiere, tanto Garza (1999a) como Rubalcava y Schteingart (2000a) comprueban cierto grado de acentuación de las distancias sociales, el primero para Monterrey en el lapso 1970-1990, y las segundas para la Ciudad de México entre 1980 y 1990. Así, mientras en Monterrey tuvo lugar un ensanchamiento de las desigualdades socioeconómicas entre el municipio central y los periféricos de reciente incorporación, en la Ciudad de México se duplicó con creces la proporción de habitantes residentes en las unidades más pobres a la vez que disminuyó el porcentaje de los que vivían en las unidades de mayor desarrollo socioespacial.<sup>5</sup>

En el eje *territorial* (o *espacial*), la comparación entre las áreas metropolitanas de Ciudad de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla, con base en los índices de marginación y otros indicadores socioeconómicos (Rubalcava y Schteingart, 2000b), deja en una posición ventajosa a la urbe regiomontana con los mejores indicadores relativos, y en el extremo opuesto a la ciudad de Puebla, con los rezagos más importantes en términos de bienestar social. Guadalajara y la Ciudad de México se ubican en una posición intermedia; si la comparación se restringiera a estas dos urbes, la ciudad tapatía llevaría sin duda la delantera en términos de bienestar social (Rubalcava y Chavarría, 1999a y b; Rubalcava y Schteingart, 2000a y b).

Los estudios realizados para otras metrópolis, como Tijuana (Alegría, 1994; Hernández Gómez, 2001), ambos para 1990, no persiguen una finali-

<sup>4</sup> Pues, como señalamos, sólo a partir del censo de 1990 es posible recurrir a las AGEB.

<sup>5</sup> Las autoras hacen la salvedad de que dicha variación puede explicarse tanto por el impacto de la crisis económica, como por la incorporación de seis nuevos municipios en los estratos bajo y muy bajo, por lo que no es posible afirmar categóricamente que haya tenido lugar un incremento de la desigualdad espacial.

dad comparativa, ni en el eje temporal (con otros años) ni en el espacial (respecto de otras metrópolis), sino que se focalizan en el análisis de la segregación espacial socioeconómica en un contexto metropolitano de creciente dinamismo económico y demográfico.<sup>6</sup> Alegría (1994) realiza un esfuerzo por complejizar el bagaje teórico de la noción de segregación socioeconómica al incluir las aportaciones de Bourdieu a la idea de distancia social implícita en el concepto de segregación,<sup>7</sup> procurando además dotarla de un sustento empírico. Hernández Gómez (2001), por su parte, es el único de los autores revisados que en el contexto nacional se propone explícitamente someter a escrutinio empírico la hipótesis en boga de la dualización de la ciudad como expresión espacial del proceso de globalización económica (Sassen, 1991; Borja y Castels, 1997).<sup>8</sup> Sus resultados encuentran un respaldo empírico a dicha hipótesis, en virtud del cual la población ubicada en la cúspide de la estratificación social se vincula con el sector terciario de la economía, en el que la migración no constituye un factor de segregación espacial; mientras la situada en la base de la pirámide social se relaciona preferentemente con actividades del sector secundario en las que la migración sí juega un papel como factor de segregación. Éste es, por cierto, el único de los estudios nacionales revisados que recurre a la construcción de índices de segregación *per se*.

Finalmente, nuevos ejercicios sobre la Ciudad de México, como los de Rubalcava y Schteingart (2000a), Duhau (2003), y Arriagada Luco y Rodríguez Vignoli (2003), reafirman una vez más los rasgos más conocidos de la segregación socioespacial en la principal metrópoli del país: la relativa homogeneidad de las zonas periféricas *versus* la mayor variación interna de los estratos altos, aspecto por lo demás característico de la división social del espacio en las urbes latinoamericanas respecto de sus homólogas estadounidenses (Sabatini, 2003).<sup>9</sup> Rubalcava y Schteingart (2000a) encuentran que en el año 1990

<sup>6</sup> En virtud de la fuerte inversión externa en las industrias maquiladoras, la ciudad de Tijuana, como otras ciudades fronterizas, ha registrado un importante crecimiento económico desde mediados los años ochenta, el que a su vez se ha convertido en un foco de atracción permanente de migración interna.

<sup>7</sup> Este empeño es en sí mismo destacable, vista la ambigüedad e imprecisión conceptual que ha caracterizado con frecuencia los estudios de segregación espacial en el país, según la opinión de Schteingart (2001).

<sup>8</sup> De acuerdo con la formulación de Sassen (1991), las transformaciones socioeconómicas en curso son el motor de los cambios en las estructuras espaciales. La dualización (polarización) de la estructura social a que conduce la globalización hallaría su correlato en la fuerte tendencia a la polarización socio-espacial que exhiben las ciudades.

<sup>9</sup> Rubalcava y Schteingart (2000a) puntualizan, sin embargo, que la mayor variación interna de los estratos altos no indica que exista necesariamente una gran coexistencia entre

perdió vigencia el fenómeno de consolidación urbana como factor explicativo de la distribución socioeconómica del espacio en la Ciudad de México. Los estudios de Duhau (2003) y Arriagada Luco y Rodríguez Vignoli (2003) son los únicos de los examinados que utilizan los datos del censo del año 2000 y se enfocan por tanto en un periodo de análisis más reciente (1995-2000). Centrándose en la movilidad residencial intrametropolitana, Duhau (2003) constata que los grupos de altos ingresos se concentran en un número limitado de jurisdicciones (11 en total), mientras Arriagada Luco y Rodríguez Vignoli (2003) describen un patrón de concentración según el cual los grupos de altos ingresos se ubican en zonas integradas y bien conectadas con la ciudad, mientras los de menores ingresos se encuentran dispersos a lo largo de la periferia metropolitana.<sup>10</sup> En opinión de estos últimos autores, la “dualización” de los perfiles de los barrios que sus datos denotan permite sustentar la hipótesis de la extensión de la polarización social hacia los indicadores territoriales, otro modo de corroborar la hipótesis planteada por Sassen (1991) y por Borja y Castels (1997).<sup>11</sup> Es de destacar la ampliación del repertorio de indicadores estadísticos para medir la división social del espacio —incluida la segregación socioeconómica— en este último grupo de autores.<sup>12</sup>

Esta somera revisión permite arribar a algunos puntos de consenso en lo que a nuestras tres metrópolis se refiere. El primero de ellos es que la división social del espacio de las principales urbes metropolitanas del país —pero sobre todo de la Ciudad de México— es fiel al patrón que caracteriza a las ciudades latinoamericanas de alta homogeneidad de los sectores populares y

---

clases sociales en las unidades donde habitan los sectores más pudientes de la sociedad, pues en ellas los estratos bajo y muy bajo son prácticamente inexistentes.

<sup>10</sup> Aunque se refiere a México, el trabajo de estos autores se realizó en Chile, en el Centro Latinoamericano de Demografía, CELADE, y forma parte de un estudio más amplio en el que se comparan, junto a México, otras metrópolis latinoamericanas (Lima y Santiago de Chile). En dicha comparación la Ciudad de México muestra índices de segregación de Duncan menores a los de Santiago de Chile.

<sup>11</sup> Son pocos los trabajos que en América Latina se abocan a evaluar la pertinencia empírica de dicha tesis. Al comparar las tendencias de la segregación social en París y Río de Janeiro durante los años ochenta, Preteceille y Queiroz Ribeiro (1999) concluyen que su evolución está más fuertemente vinculada con las transformaciones profundas de la base productiva y el mercado de trabajo generadas por la emergencia de la economía de servicios, que por los impactos coyunturales de la globalización financiera.

<sup>12</sup> Duhau construye lo que llama un índice de atracción migratoria que le permite trazar una centralidad distinta a la tradicionalmente descrita para la Ciudad de México. Arriagada Luco y Rodríguez Vignoli recurren tanto al índice de segregación de Duncan, como a distintos indicadores estadísticos de homogeneidad y heterogeneidad social (coeficientes de variación, relación entre el peso de la varianza entre subdivisiones y dentro de subdivisiones, migración intrametropolitana, etc.), para evaluar la segregación y la división social espacial en sentido general.



relativa heterogeneidad en los sectores altos, cualesquiera que sean los indicadores que se utilicen para jerarquizarlos socioeconómicamente. Segundo, que un esfuerzo de contrastación sustentado en la construcción de índices de marginación y otros indicadores socioeconómicos, ubica a la ciudad de Monterrey en el rango de menor desigualdad espacial socioeconómica, seguida de Guadalajara y de la Ciudad de México, si bien hay matices importantes en esta clasificación (Rubalcava y Chavarría, 1999a y b; Rubalcava y Schteingart, 2000b).<sup>13</sup> Tercero, que existe evidencia tangencial, aún no muy consistente, a favor de la idea de una acentuación de los patrones de desigualdad espacial para Monterrey y Ciudad de México en las últimas décadas con base en distintas unidades de referencia espacial y diversos periodos de estudio. Cuarto, que por las limitaciones de información antes referidas, no se ha realizado hasta ahora un estudio sistemático de carácter comparativo que permita evaluar la magnitud y las características de la segregación espacial socioeconómica en las tres metrópolis principales del país en dos momentos del tiempo, tomando como base la misma unidad de referencia espacial, las mismas fuentes de información (censos), contemplando distintas dimensiones de estratificación socioeconómica, e incluyendo indicadores específicos de segregación. Quinto y último, que esta carencia ha impedido avanzar en el conocimiento de las implicaciones de los cambios socioeconómicos recientes sobre la segregación espacial en el contexto mexicano.

## **II. Aspectos contextuales de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey**

Exponemos a continuación los rasgos demográficos y socioeconómicos que caracterizan a las metrópolis objeto de estudio en el contexto nacional.

### *a) Rasgos demográficos*

Conformadas como zonas metropolitanas entre los años cuarenta y cincuenta<sup>14</sup> del siglo pasado, Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey ocupan el

<sup>13</sup> Estos matices se refieren al hecho de que —de acuerdo con los datos de Rubalcava y Chavarría (1999a y b) referidos—, si bien en la urbe regiomontana el nivel de bienestar es más alto (la marginación es menor), la distancia (desigualdad) entre los estratos a partir del ingreso es mayor, cosa que sucede también a otra escala en Guadalajara.

<sup>14</sup> Ciudad de México y Monterrey se constituyeron como zonas metropolitanas en 1940, Guadalajara diez años después (Sobrino, 2003a).

primero, segundo y tercer rango, respectivamente, en la jerarquía urbana nacional.<sup>15</sup> Las distancias entre ellas en términos de magnitudes son, sin embargo, considerables, pues la ciudad primada alberga —tanto en 1990 como en 2000— un volumen de población alrededor de cinco veces el de sus sucesoras inmediatas (Cuadro 1). Estas diferencias también se expresan en el número de municipios y AGEB que las integran: en el año 2000 la Ciudad de México contaba con 52 demarcaciones y 4 809 AGEB; Guadalajara con 9 municipios y 1 285 AGEB; y Monterrey con 15 municipios y 1 215 AGEB.

El dinamismo demográfico que exhiben es también diferencial. Así, aun cuando es posible constatar una tendencia general a la desaceleración del crecimiento en las tres metrópolis, ésta es mucho más marcada en la Ciudad de México que en Guadalajara y Monterrey. Dicho aspecto guarda relación con factores tales como la antigüedad de las urbes metropolitanas, la fase del ciclo de desarrollo urbano en que se encuentran, y el momento de la transición demográfica por el que atraviesa el país. De este modo, mientras en el decenio 1990-2000 las tasas de crecimiento medio anual de las áreas metropolitanas de Guadalajara y Monterrey sobrepasan ligeramente los valores nacionales, en la Ciudad de México se encuentran claramente por debajo. Este aspecto denota el carácter netamente expulsor de la principal área metropolitana del país, visible ya desde los años ochenta (Chávez, 1999). En contraste, Guadalajara y Monterrey exhiben un comportamiento migratorio moderado (Sobrino, 2003a). Los datos contenidos en el Cuadro 1 permiten entrever una presencia de la migración levemente mayor en Monterrey que en Guadalajara, a juzgar por su ritmo de expansión demográfica, aun cuando el crecimiento vegetativo es el principal responsable de la expansión poblacional de ambas metrópolis.

El avance en el proceso de metropolización es mayor en la Ciudad de México y en Monterrey que en Guadalajara, en términos relativos. En contraste con esta última, las otras dos ciudades entraron ya en la última década del siglo XX en el momento en el que tiene lugar un repoblamiento (absoluto o relativo) de la ciudad central (reurbanización), que en este caso ha sido ocasionado por una cierta reactivación económica. Guadalajara, en cambio, se encuentra todavía en la fase opuesta e inmediatamente anterior: la de despoblamiento de la ciudad central, conocida como suburbanización (Sobrino, 2003a). Este aspecto resulta a su vez coherente con el carácter bifuncional

<sup>15</sup> A principios del siglo XX, Monterrey figuraba en el quinto lugar de la jerarquía, después de la Ciudad de México, Guadalajara, Puebla y León; pero gracias a su vertiginoso dinamismo económico no tardó en desplazar a las dos últimas urbes en 1930, para ocupar desde entonces el tercer lugar en la pirámide urbana nacional.

**Cuadro 1**  
 Rasgos sociodemográficos y socioeconómicos de las áreas metropolitanas.  
 Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey, 1990 y 2000

	Ciudad de México (Área metropolitana desde 1940)		Guadalajara (Área metropolitana desde 1950)		Monterrey (Área metropolitana desde 1940)	
	1990	2000	1990	2000	1990	2000
<b>Rasgos sociodemográficos</b>						
Rango	1	1	2	2	3	3
Población (millones)	14.84	17.37	2.93	3.63	2.58	3.29
Tasa de crecimiento poblacional 1990-2000		1.58		2.17		2.42
Porcentaje de menores de 15 años	33.5	31.3	37.9	33.6	34.0	30.5
Porcentaje de mayores de 65 años	3.8	4.6	4.1	4.5	3.7	4.4
<b>Rasgos socioeconómicos</b>						
Distribución de la PEA por sectores de actividad						
Agrícola	4.7	4.5	5.0	4.9	4.1	4.4
Industrial	32.0	25.7	36.9	34.1	42.2	38.2
Servicios	63.3	69.7	58.0	61.1	53.6	57.4
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
Porcentaje de población con educación superior*	15.5	17.7	14.1	16.8	16.0	19.5
Porcentaje de trabajadores en ocupaciones no manuales*	22.3	23.6	19.1	20.0	20.4	22.0
Porcentaje de trabajadores con altos ingresos*	8.6	7.7	8.6	7.1	9.0	9.8
Porcentaje de hogares con altos ingresos*	5.6	7.3	5.8	6.1	6.2	7.4

\* Ver texto para mayores detalles.

Fuentes: Censos Nacionales de Población y Vivienda, 1990 y 2000.

del tipo de centralidad que caracteriza la metrópoli jalisciense, en oposición a la naturaleza mucho más policéntrica de las ciudades de México y Monterrey (Sobrinó, 2003b).<sup>16</sup>

A pesar de las diferencias recién señaladas, la estructura por edad de las tres ciudades es muy parecida. Alrededor de un tercio de la población tiene menos de 15 años de edad (porcentaje ligeramente mayor en Guadalajara). Las tres ciudades muestran una tendencia decreciente en el peso de este grupo poblacional asociada al avance de la transición demográfica. Menos del 5% de los residentes tiene 65 años y más, porcentaje que ha de incrementarse sustancialmente en las próximas décadas. En conjunto, estas cifras revelan que las tres áreas metropolitanas atraviesan por la misma fase de transición en términos de su estructura demográfica.

En cuanto a los indicadores socioeconómicos incluidos en el Cuadro 1, es Monterrey la que ostenta los más altos niveles de escolaridad, seguida de la Ciudad de México y de Guadalajara, a juzgar por el porcentaje de personas con escolaridad superior, principalmente en el año 2000. En contraste, los indicadores de marginación dejan muy mal parada a la principal urbe del país: a principios de la década de estudio, en 1990, el porcentaje de población que acusaba niveles altos y muy altos de marginación era ostensiblemente mayor en la Ciudad de México que en Guadalajara y Monterrey (Rubalcava y Chavarría, 1999a y b). Sin duda, la mejor situación relativa se encontraba en la urbe regiomontana, con alrededor de un 46.7% de sus habitantes en los estratos de baja y muy baja marginación, seguida de Guadalajara con 37.7%, y Ciudad de México con 27.7%. Los datos contenidos en el Cuadro 1 corroboran a su vez que Monterrey tiene el mayor porcentaje de individuos que devengan altos ingresos laborales en relación a las otras dos ciudades, brecha que se incrementó entre 1990 y 2000. Es menester aclarar, no obstante, que según la información recabada por Rubalcava y Chavarría (1999a y b), a pesar de la menor marginación relativa, la concentración del ingreso era mucho más acusada en Monterrey que en las otras dos metrópolis,<sup>17</sup> como también las distancias entre los estratos ubicados en los extremos del *continuum* de marginación. Paradójicamente, entonces, y de acuerdo con los datos referidos, a principios de los años noventa la polarización del ingreso era comparativamente menor en la urbe con los más altos niveles rela-

<sup>16</sup> La medida de centralidad utilizada por Sobrinó (2003b) es la comparación entre el número de personas que trabajan en una unidad territorial y el número de trabajadores (PEA) residentes en ella. De acuerdo con sus datos, la mayoría de las zonas metropolitanas del país tiene una estructura ocupacional monocéntrica.

<sup>17</sup> Así, por cada trabajador ocupado con más de cinco salarios mínimos en el estrato más marginado, había 301 en el estrato de mayor consolidación urbana y mejor nivel socioeconómico.

tivos de marginación, la Ciudad de México, que en las otras dos áreas metropolitanas.

*b) Dinámica socioeconómica*

Las tres ciudades objeto de atención han jugado tradicionalmente papeles económicos netamente diferenciados en el escenario urbano nacional. La importancia de la Ciudad de México es por sí sola evidente. Ubicada en el centro del país, ha constituido históricamente el eje gravitacional del sistema urbano nacional. En ella se focalizó la inversión productiva que relanzó el proceso de industrialización y de desarrollo socioeconómico del país en los años cuarenta y cincuenta, en el marco de la estrategia de crecimiento por sustitución de las importaciones. Es este mismo aspecto el que explica que constituyera a su vez el receptáculo principal de los cuantiosos flujos de migración rural-urbana que acompañaron al cambio sectorial de la economía.

La serie de altibajos y transformaciones económicas que signan las dos últimas décadas del siglo XX, han tenido también repercusiones decisivas sobre el perfil socioeconómico de la principal urbe del país. Por un lado, la aguda crisis de los años ochenta y la secuela de devaluaciones que le sucedieron,<sup>18</sup> impactaron severamente su planta industrial induciendo un proceso de relativa desindustrialización que —aunque luego tendió a recuperarse—<sup>19</sup> le hizo perder preeminencia en el contexto de la industria manufacturera nacional (Millán, 2000). Por el otro, el afianzamiento del proceso de reestructuración y la mayor vocación externa de la economía nacional en el marco de la globalización, así como la creciente diversificación regional de las actividades económicas, han restado fuerza de forma general a la inversión productiva en el centro del país, incluida la Ciudad de México. En la nueva organización espacial de la producción han resultado ganadoras netas las ciudades ubicadas en la franja fronteriza, en detrimento de la región centro y del resto del país (Olivera Lozano, 1997; Arroyo García, 2001; Bendesky, 2003).<sup>20</sup>

<sup>18</sup> La moneda se devaluó cerca de 40 veces entre 1982 y 1986; la inflación rebasó el 100%, mientras la tasa desempleo abierto llegó a 12% a mediados de 1983 (Ros, 1985).

<sup>19</sup> Entre 1980 y 1986, el porcentaje de ocupación correspondiente al sector manufacturero en los establecimientos fijos a nivel nacional descendió de 46% a 37% (Garza, 1991; Oliveira y García, 1996). Fueron las empresas destinadas a la producción de bienes de capital y de consumo duradero las más severamente afectadas por la crisis, las que tenían un peso preponderante en las ciudades de México y Monterrey (Olivera Lozano, 1997).

<sup>20</sup> Arroyo García (2001) estima que entre 1980 y 1999 se produjo una redistribución de las participaciones relativas de las entidades federativas equivalente a 8.7 unidades porcentuales del PIB nacional.

Estos aspectos, aunados a la tendencia a la expansión de los servicios, han configurado el carácter esencialmente terciario que exhibe hoy en día la economía de la Ciudad de México, muy lejos sin duda del perfil industrial que la caracterizó en los años de 1940 a 1980.

No obstante, y en parte por la propia heterogeneidad del sector terciario y los reiterados episodios de crisis y/o estancamiento económico, esta creciente terciarización ha estado acompañada del incremento de los sectores de trabajadores que peores condiciones laborales ostentan: lo no asalariados no profesionales y los propietarios de micro-negocios, así como del empleo carente de prestaciones laborales (García y Oliveira, 2003; Ariza y Ramírez, 2005).<sup>21</sup> Es con toda seguridad la importante expansión del comercio y de los servicios personales registrada en el periodo, lo que da cobijo a la proliferación de estos grupos de trabajadores urbanos. Junto con ellos han crecido también —aunque relativamente menos— las actividades del terciario más ventajosas en términos laborales: los servicios al productor, que sin embargo absorben un volumen muy reducido de la población trabajadora. Los servicios sociales, por el contrario, otro sector que ofrece en general mejores condiciones de trabajo, han visto disminuir su participación relativa como resultado de las políticas de reducción del papel del Estado (Oliveira, Ariza y Eternod, 2001; García y Oliveira, 2001).

Son sin duda otros los rasgos que denotan la jerarquía urbana de las ciudades de Guadalajara y Monterrey. Cada una de ellas constituye el punto de articulación de dos subsistemas urbanos diferenciados: el del Occidente de México, en el caso de Guadalajara; y el del Noreste (conlindante con Estados Unidos), en el caso de Monterrey. En contraste con la Ciudad de México, la ascendencia de estas dos metrópolis es ante todo regional.

Históricamente Guadalajara fue el asiento de la mediana y pequeña producción artesanal de origen familiar, además de centro de servicios comerciales y administrativos que vinculaba el Occidente de México. Su base económica estaba fincada en la manufactura tradicional de pequeña y mediana escala, orientada principalmente al mercado local y regional (Alba, 1998 y 2005). Se trataba de pequeños establecimientos familiares ligados a la industria alimenticia y de bebidas, a la fabricación del calzado y a la confección textil. Por su ubicación geográfica, la metrópoli jalisciense constituye el punto de intermediación natural entre la cuenca del Pacífico y la Ciudad de México (Pozos, 1996).

<sup>21</sup> De acuerdo con los datos proporcionados por García y Oliveira (2003), entre 1990 y 1998 el porcentaje de micronegocios en la Ciudad de México se incrementó de 42 a 46%. Datos obtenidos para la misma ciudad en los años 1991, 2000 y 2003, constatan tanto un aumento de la informalidad entre 2000 y 2003, como de la fuerza de trabajo sin prestaciones laborales a lo largo de todo el periodo (Ariza y Ramírez, 2005).

Gracias a la naturaleza de su mercado, más bien cerrado y de pequeña escala, enfocado a la producción de bienes básicos e intermedios para abastecer la demanda local y regional, Guadalajara pudo sortear con relativo éxito el efecto devastador de la crisis de principios de los años ochenta. Sin embargo, otro escenario se delineó al inaugurarse la década de los noventa, cuando la apertura económica dejó inermes a muchos pequeños productores de base familiar, los que simplemente sucumbieron ante la voraz competencia que representaba la introducción de insumos y mercancías importados a precios mucho más bajos que los manufacturados localmente.

Comparada con Monterrey y la Ciudad de México, la ciudad de Guadalajara acometió relativamente tarde su proceso de reestructuración económica y apertura externa, el que ha ganado ímpetu a partir de los años noventa. Dicho proceso ha tenido lugar principalmente a través del establecimiento de industrias maquiladoras de exportación, entre las que sobresalen las dedicadas a la informática.<sup>22</sup> Se estima que en tan sólo diez años (de 1991 a 2001) se triplicó el número de maquiladoras en el estado de Jalisco, mientras que entre 1995 y 2000 el empleo total creció en un 66% (Alba, 2005). La importancia de la industria electrónica en esta entidad federativa resulta evidente en que en ocasiones sus exportaciones han alcanzando el orden de magnitud de las correspondientes al petróleo crudo (Alba, 2005). Las transformaciones descritas explican parcialmente la elevada competitividad mostrada por Guadalajara en el contexto urbano nacional en la última década<sup>23</sup> (Sobrino, 2003a), la que ha implicado costos considerables. El proceso de apertura y la crisis financiera que lo acompañó abrieron un periodo de aguda crisis económica a partir de 1988 que minó parte de las bases en la que se sustentaba la estabilidad económica de la metrópoli jalisciense.<sup>24</sup> En este interregno resultaron perdedores netos los pequeños y medianos productores de base familiar.

<sup>22</sup> Varios autores han documentado el proceso de expansión territorial por el que ha atravesado la industria maquiladora en el país recientemente. En virtud del mismo, las menos competitivas e intensivas en fuerza de trabajo se han alejado de la zona fronteriza desplazándose hacia ciudades medias o localidades rurales en procura de salarios más bajos y condiciones más atractivas (Fleck, 2001; Carrillo y De la O, 2003). Esta suerte de especialización territorial se deja ver también en el caso de la industria electrónica. Según lo señala Alba (2005), el proceso ha implicado que en la frontera norte se hayan concentrado las empresas electrónicas de audio y video alrededor de la televisión; en el altiplano y en el centro, las aplicadas a los electrodomésticos; y, en Guadalajara, la relacionada con la informática.

<sup>23</sup> De acuerdo con la estimación realizada por Sobrino (2003a:375), entre 1988 y 1998, Guadalajara mostró el mayor avance en el cambio en la participación absoluta en el valor bruto de la producción nacional, al registrar una ganancia de 1.3 puntos porcentuales.

<sup>24</sup> Según refiere Alba (1998:219), durante el periodo de contracción económica la industria extractiva se situó por debajo de los niveles alcanzados en 1982, la construcción se redujo, y las actividades de transformación entraron en una fase de estancamiento.

Se trató de un tránsito relativamente tardío pero acelerado hacia la apertura económica, que trajo consigo una diversificación de las funciones tradicionales de la ciudad, un cambio tanto en su estructura como en su función en el ámbito internacional (Rodríguez Bautista y Cota Yáñez, 2001), evidente en la ampliación del sector servicios, el que mayor porcentaje de fuerza de trabajo aloja en la actualidad. Las transformaciones descritas han tenido a su vez importantes repercusiones sobre el mercado de trabajo urbano. Por un lado se ha acentuado la feminización de la fuerza de trabajo en virtud de la alta demanda de mujeres que caracteriza a la industria electrónica maquiladora;<sup>25</sup> por el otro, ha habido un aumento de la heterogeneidad laboral manifiesta en la proliferación de los trabajos precarios y sin seguridad social.

En contraste con Guadalajara, Monterrey ha jugado un papel estelar como vértice industrial regional. Colindante con Estados Unidos y centro funcional del subsistema urbano del Noreste, ha sido tradicionalmente el eje de la industria pesada y de bienes de capital. Liderada por un empresariado agresivo y compacto, emprendió tempranamente, en el siglo XIX, su proceso de industrialización, el que descansó desde sus inicios en la conformación de grandes compañías, tecnológicamente avanzadas y con fuerte inversión de capital. Como destaca Alba (1998), veinte años antes de la Revolución sus empresarios eran ya la clase industrial más poderosa de México. Es menester reconocer que la vecindad con Estados Unidos y la cercanía con ricos yacimientos mineros, jugaron un papel decisivo en el precoz y sostenido proceso de industrialización emprendido por esta metrópoli; ambos factores fraguaron las condiciones necesarias para su despegue económico. Casi desde sus inicios —y a contracorriente de Guadalajara— la producción regiomontana se orientó tanto al mercado internacional estadounidense (metálica básica), como al nacional (siderurgia) (Garza, 1995; Pozos, 1996; Alba, 1998). Esta doble orientación —regional e internacional— ha permanecido como una constante del mercado regiomontano, con la salvedad de que ahora se han diversificado los destinos y los vínculos internacionales.

Los aspectos reseñados explican su extraordinaria vulnerabilidad ante la embestida devaluatoria de principios de los años ochenta: el enorme tamaño de las empresas, su especialización en la producción de bienes intermedios, y los fuertes compromisos contraídos en divisas internacionales, le restaron maleabilidad para enfrentar la coyuntura adversa detonada por la caída de los precios del petróleo. Así, entre 1980 y 1988, se redujo en cerca de 15% la importancia de su industria manufacturera, al tiempo que desapare-

<sup>25</sup> Cerca de 90% de los trabajadores empleados en las fases del trabajo operativo, el soldado y los ensambles, son mujeres (Alba, 2005).



cieron cerca de 42 000 empleos y el valor absoluto de la producción industrial cayó en 780 mil millones de pesos (Garza, 1995).<sup>26</sup> Este momento crítico sería al mismo tiempo la antesala del exitoso proceso de reestructuración y apertura económica emprendido años después. En el escenario nacional, la economía regiomontana ha sido de las pocas que ha logrado insertarse competitivamente —no sin altos costos— en la arena internacional global. Para ello fue necesario emprender un audaz proceso de reconversión de su planta productiva, de modernización tecnológica e incorporación de técnicas de producción flexibles, así como de conformación de alianzas estratégicas con el capital transnacional (Pozas, 1999; García y Oliveira, 2001). Del mismo modo que en Guadalajara, aunque quizás no con la misma intensidad, los costos de la apertura económica han recaído sobre todo en las empresas pequeñas, las que no siempre han logrado escapar de las situaciones de crisis y/o estancamiento. Como en el caso de las metrópolis anteriores, estas transformaciones han estado acompañadas de un incremento en la representación de los servicios en el conjunto de la economía (Cuadro 1).<sup>27</sup>

Si bien gracias a sus características productivas (empresas grandes y formalizadas) y al tipo de relación sindical establecida con los trabajadores,<sup>28</sup> la fuerza de trabajo de Monterrey ha gozado en general de mejores condiciones laborales que la de Guadalajara y la Ciudad de México,<sup>29</sup> las transformaciones descritas no han dejado de tener un impacto negativo sobre la población trabajadora palpable en el aumento del porcentaje de los que reciben menos de un salario mínimo (Garza, 1999b), y de formas de flexibilización laboral que profundizan la desprotección de los trabajadores.

En suma, la dinámica socioeconómica seguida por estas metrópolis en los años finiseculares de crisis, reestructuración y apertura externa, arroja un balance desigual dependiendo del grado de especialización económica, su función en el nuevo entorno internacional, las condiciones desde las que se emprendió el cambio de rumbo, y las características idiosincrásicas de su

<sup>26</sup> Sin duda, el símbolo más elocuente de la contracción industrial fue el cierre de la Fundidora Fierro y Acero de Monterrey en 1986, la que por sí sola era responsable del 12% de la producción industrial de la ciudad (Garza, 1995).

<sup>27</sup> Tan sólo entre 1970 y 1990, los servicios —excluyendo comercio y transporte— se expandieron de 29.8% a 34.1% (Garza, 1999a). De acuerdo con nuestros datos, dicho sector absorbía en el año 2000 a 57.4% de la población económicamente activa.

<sup>28</sup> En la opinión de Alba (1998:255), el paternalismo de los empresarios y el hecho de que los sindicatos sean en realidad organizaciones de las empresas y no dependan de las centrales oficiales, explican parcialmente la falta de combatividad de la clase trabajadora regiomontana.

<sup>29</sup> Estas diferencias obedecen principalmente a las mejores prestaciones, los más altos salarios y la estabilidad en el empleo.

estructura económica. Las ciudades de México y Monterrey, con una impronta fuertemente industrial y con una vocación internacional más definida, sufrieron agudamente el impacto de la crisis de la década de 1980 y fueron obligadas —en parte por ello— a plantearse más tempranamente su refuncionalización económica en el entorno nacional e internacional. Mientras la ciudad principal vio disminuir el peso de su histórica preponderancia en la industria manufacturera en favor del sector servicios, la segunda mantuvo con altibajos su ascendencia en la generación de la actividad industrial, aunque con elevados costos sobre las pequeñas y medianas empresas y con la quiebra de algunas grandes de fuerte tradición. A partir de ese momento crítico la economía regiomontana logra situarse competitivamente en el terreno internacional modificando radicalmente las bases en las que se sustentaba su dinámica de crecimiento en el periodo anterior. Guadalajara, en cambio, con una vocación más local y regional, centrada en la pequeña y mediana manufactura de base familiar, logra sortear relativamente mejor el impacto negativo de la situación crítica de los años ochenta, difiriendo en cierto modo el momento de la apertura externa. Cuando ésta arriba de la mano de una serie de factores de carácter económico y político,<sup>30</sup> encuentra inermes a los pequeños y medianos productores, los que carecen de recursos con qué enfrentar las condiciones adversas de la creciente competitividad externa. El impacto es ahora relativamente mayor sobre la otrora en cierto modo cerrada economía jalisciense. Mientras la internacionalización de la Ciudad de México se cimienta principalmente en el sector servicios y en la industria manufacturera, la de Monterrey descansa ante todo en los grandes consorcios tradicionales ahora transnacionalizados. En el área metropolitana de Guadalajara, en cambio, es la industria maquiladora electrónica la punta de lanza del modelo de crecimiento en curso, la que ha crecido vertiginosamente a lo largo de los años noventa.

En cualquiera de los escenarios, los efectos sobre el mercado de trabajo han sido decisivos: feminización de la fuerza laboral, aumento de la precariedad, deterioro de los ingresos, incremento de la disparidad salarial, de la informalidad, de la población carente de prestaciones y de la heterogeneidad laboral. Ha sido también nota distintiva la expansión del sector terciario, en especial de los subsectores que peores condiciones ofrecen a la fuerza de trabajo urbana (el comercio y los servicios personales).

<sup>30</sup> Según destaca Alba (2005), los factores políticos se refieren a la situación de relativa ingobernabilidad en que se encontraba el estado cuando arriba a la gubernatura el partido de oposición (Partido de Acción Nacional). El impulso a la industria maquiladora de exportación le permitiría relanzar el crecimiento económico y paliar al mismo tiempo el agudo malestar social.

### III. Metodología

Para evaluar los niveles de segregación en las tres áreas metropolitanas en los dos momentos del tiempo utilizamos datos provenientes de los Censos de Población y Vivienda de 1990 y 2000, agregados a escala de las Áreas Geostatísticas Básicas (AGEB). Aunque tienen variaciones en superficie y tamaño de población, las AGEB son las unidades geográficas más pequeñas para las que se dispone de información sociodemográfica, por lo que constituyen la fuente de datos disponible más apropiada para evaluar los niveles de SRS en las ciudades bajo estudio. Los datos utilizados en esta investigación provienen tanto de las bases públicas comercializadas por INEGI como de una base de datos especial preparada por el INEGI a solicitud de los autores de este estudio, en la que se incluyen agregados poblacionales no incluidos en las bases originales.<sup>31</sup>

Los mayores avances metodológicos para el análisis de la segregación espacial se han dado en Estados Unidos, a partir de la preocupación sobre la segregación racial en las grandes áreas metropolitanas de ese país. Inicialmente, los estudios sobre segregación racial urbana se enfocaron en el contraste entre la población blanca y la negra, aunque recientemente el interés se ha extendido a otros grupos raciales o étnicos susceptibles de experimentar segregación residencial, como los inmigrantes latinoamericanos y asiáticos. Paralelamente, se ha avanzado en el desarrollo de técnicas que permiten obtener medidas de segregación no sólo a partir de comparaciones binarias entre grupos (por ejemplo, afroamericanos frente a blancos), sino también a partir de comparaciones entre múltiples grupos.

Como ya señalamos, a diferencia de Estados Unidos, en América Latina el interés central de los estudios de segregación espacial no han sido las diferencias raciales, sino las socioeconómicas. Esto marca una diferencia importante, ya que la pertenencia racial o étnica es constante a lo largo del curso de vida, mientras que la pertenencia a un estrato socioeconómico puede variar debido a la movilidad social. De esta forma, al analizar los cambios en el tiempo en los niveles de segregación residencial socioeconómica es necesario mantener en mente que estas variaciones pueden deberse no sólo a los cambios en los lugares de residencia de individuos u hogares pertenecientes a los grupos en contraste (tal como ocurre con la segregación racial o étnica), sino también a que *sin cambiar de residencia* estos individuos u hogares pueden experimentar movilidad socioeconómica. Esto sugiere que

<sup>31</sup> Reiteramos nuestro agradecimiento al INEGI y en especial al ingeniero Pedro Cornejo y a la licenciada Marcela Eternod por su apoyo para la obtención de esta información.

los cambios en el tiempo en la SRS son más susceptibles a las dinámicas de la estratificación y movilidad social que los cambios en la segregación racial o étnica.

*a) Dimensiones e indicadores de la segregación espacial*

En nuestro análisis de la SRS hemos optado por adoptar la propuesta de Massey y Denton (1988), que distingue cinco dimensiones de la segregación residencial: uniformidad, aislamiento, concentración, centralización, y proximidad espacial. Muchos estudios de segregación residencial sólo consideran una de estas dimensiones (típicamente la uniformidad). No obstante, sólo el análisis conjunto de las cinco dimensiones permite obtener una idea cabal de las tendencias en la distribución social del espacio urbano (Massey y Denton, 1988; Iceland, Weinberg y Steinmetz, 2002; Martori y Hoberg, 2004).

La dimensión de la segregación espacial más comúnmente analizada es la *uniformidad*. Refiere al grado de heterogeneidad en la distribución espacial de diferentes grupos sociales a través de un conjunto de subunidades geográficas en las que se divide la ciudad (en nuestro caso las AGEB). La segregación no existe cuando dos grupos sociales ostentan una distribución idéntica a lo largo de estas subunidades geográficas; hay segregación máxima cuando los grupos residen en subunidades completamente diferentes. La medida de uniformidad más frecuentemente utilizada es el índice de disimilitud de Duncan (Duncan y Duncan, 1955), el cual varía entre cero y uno.<sup>32</sup> Su valor puede interpretarse como la proporción de un grupo social que tendría que cambiar de residencia para alcanzar una distribución espacial igual a la de otro grupo (Martori y Hoberg, 2004); altos valores en el índice denotan una mayor segregación espacial.<sup>33</sup>

Por su parte, el *aislamiento* refiere al grado de contacto potencial o a la posibilidad de interacción entre distintos grupos sociales dentro del área geo-

<sup>32</sup> Para una explicación más detallada de los cálculos necesarios para construir el índice de disimilitud, así como los otros índices propuestos en este trabajo, véase Massey y Denton, (1988) y Iceland, Weinberg y Steinmetz (2002).

<sup>33</sup> Cabe hacer notar que esta medida, así como las siguientes, se basa en comparaciones binarias, lo que lleva a la necesidad de dividir a la población en dos grupos en función de un punto de corte más o menos arbitrario (el cual especificaremos más adelante). Si bien, como ya señalamos, existen medidas desarrolladas recientemente que permiten realizar evaluaciones multigrupales de la SRS (véase Reardon y Firebaugh, 2002), estas medidas aún no son de uso común, por lo que en este trabajo decidimos apegarnos a las medidas binarias tradicionales y dejar la aplicación de medidas multigrupales para un trabajo posterior.

gráfica de una ciudad. Antes que medir la segregación partiendo de una idea abstracta de igualdad, los índices de aislamiento intentan cuantificar la *experiencia* misma de la segregación. En contraste con los indicadores de uniformidad, que son insensibles al tamaño relativo de los grupos sociales, los de aislamiento se correlacionan con el peso de cada grupo en la población total. El indicador empleado en este trabajo es el índice de aislamiento social, y puede ser interpretado como la probabilidad de que un individuo perteneciente al grupo social X, tomado al azar, entre en contacto con otro individuo de ese mismo grupo social. En este trabajo obtuvimos dos índices de aislamiento, uno para los sectores sociales desfavorecidos y otro para sus opuestos.

Las dimensiones de disimilitud y aislamiento remiten a la distribución general de los grupos sociales en las AGEb, pero no incorporan explícitamente variables espaciales. Esto es, basta con conocer la distribución por AGEb de los individuos u hogares en los dos grupos sociales en contraste para calcular los índices, independientemente de la ubicación espacial de las AGEb. En cambio, las restantes tres dimensiones de la segregación incorporan explícitamente la dimensión espacial en el cálculo.

La primera de estas dimensiones es la *concentración*, y alude al territorio de la ciudad que es ocupado por un grupo social en relación a otro. Si los miembros de un grupo social se ubican en zonas pequeñas y densamente pobladas, es decir, si residen en un área menor a la que les corresponde dado el porcentaje de la población total que representan, entonces puede afirmarse que experimentan segregación en virtud de su *alta* concentración espacial. El indicador seleccionado para medir la concentración es *Delta*, que puede ser interpretado como la proporción de un grupo poblacional que tendría que cambiar su AGEb de residencia para alcanzar una densidad poblacional uniforme entre los grupos sociales que habitan la ciudad.

La *centralización*, en cambio, permite examinar la distribución de los grupos sociales en torno al centro de la ciudad.<sup>34</sup> En términos generales, la centralización refiere a qué tanto un grupo social tiende a residir más cerca o más lejos del centro de la ciudad en relación a otro grupo. El indicador de centralización seleccionado es el *índice de centralización relativa* (RCI, por sus siglas en inglés), y fluctúa entre 1 y -1. Si el valor del índice es positivo, entonces el grupo social X se ubica geográficamente más cerca del centro de la ciudad que el grupo Y; si es negativo se encuentra más lejos del centro. Un valor de cero señala que no hay diferencias en el grado de centralización entre ambos grupos.

<sup>34</sup> Definimos el centro de la ciudad como el Zócalo para la Ciudad de México, la Catedral para Guadalajara, y la Macroplaza para Monterrey.

Por último, la *conglomeración* se refiere al grado de proximidad física entre las AGEB en donde residen los miembros de un grupo social, esto es, el grado de cercanía física entre lugares de residencia. La medida de conglomeración utilizada en este trabajo es el *índice de proximidad espacial*. Su valor es igual a 1 si la cercanía física es la misma entre los lugares de residencia de los dos grupos en contraste; es mayor a 1 si los miembros del grupo de interés viven relativamente más cerca unos de otros que los miembros del grupo de referencia; y es menor a 1 si viven más lejos.

#### *b) Facetas de la desigualdad social*

Con el fin de analizar las múltiples expresiones de la segregación socioeconómica, en lugar de elegir un solo criterio de desigualdad social optamos por explorar los niveles de segregación en cuatro facetas: los ingresos laborales, la ocupación, la condición migratoria, y el nivel educativo. Como ya señalamos, fue necesario en cada una de estas facetas definir dos grupos, uno de referencia y otro de contraste, para así calcular los índices respectivos. En el Cuadro 2 se resumen los criterios utilizados para definir estos grupos.

La primera faceta son los ingresos laborales. En este caso construimos indicadores de SRS para dos poblaciones de referencia, los individuos y los hogares. Para los individuos utilizamos como punto de corte un ingreso de 8 950 pesos mensuales, y para los hogares uno de 17 950 pesos totales por hogar mensuales (ambas cifras ajustadas a pesos de febrero de 2000). En esta faceta, así como en todas las otras, seleccionamos como grupo de referencia el menos favorecido, esto es, los individuos u hogares con ingresos inferiores a este punto de corte. Cabe hacer notar que, tal como lo muestra el Cuadro 1, este grupo incluye a más de 90% de la población de las tres ciudades, tanto en 1990 como en 2000.

La segunda faceta es la ocupación, y se refiere a la distancia social entre, por un lado, los trabajadores manuales y no manuales de baja jerarquía, y por otro los trabajadores no manuales de media y alta jerarquía. En el primer grupo incluimos a los obreros, capataces, operarios de maquinaria, artesanos, empleados y trabajadores por cuenta propia en comercios no establecidos, ayudantes fabriles, y trabajadores manuales en servicios, trabajadores en comercio y empleados de rutina en oficinas. En el segundo grupo se encuentran las ocupaciones restantes de mayor jerarquía (directivos, gerentes, profesionistas, técnicos, y supervisores no manuales). El grupo que utilizamos como referencia son los trabajadores en ocupaciones de menor jerarquía.

Cuadro 2

Facetas e indicadores de la desigualdad social considerados en este estudio

<i>Faceta de la desigualdad social</i>	<i>Indicador</i>	<i>Población de referencia</i>	<i>Grupo de referencia</i>
Ingresos laborales	{ Ingreso laboral individual	Población ocupada	Individuos con ingreso laboral menor a 8 950 pesos mensuales <sup>1</sup>
	{ Ingreso laboral del hogar	Hogares	Hogares con ingreso laboral menor a 17 900 pesos mensuales <sup>1</sup>
Ocupación	Ocupación	Población ocupada	Individuos con ocupaciones manuales y no manuales de baja calificación <sup>2</sup>
Condición migratoria	Condición migratoria	Población de 5 años y más	Migrantes
Nivel de escolaridad	Nivel de escolaridad	Población de 18 años y más	Individuos con 18 o más años de edad sin educación superior

<sup>1</sup> Valores de febrero de 2000.<sup>2</sup> Incluye obreros, operarios de maquinaria, artesanos, trabajadores y autoempleados en comercios, ayudantes fabriles, trabajadores manuales en servicios y trabajadores de rutina en oficinas.

La tercera faceta de desigualdad socioeconómica es la condición migratoria, y se refiere a la integración social de los inmigrantes a la ciudad. El grupo de referencia lo constituyen quienes cinco años antes del censo residían en municipios distintos a los que integran cada área metropolitana. Debido a que esta información sólo está disponible para el censo de 2000, no incluimos los índices respectivos para 1990.

Finalmente, la cuarta faceta es el nivel educativo. La población de referencia son los individuos con 18 o más años de edad, y el punto de corte fue definido como el acceso a la educación superior, de tal forma que definimos como grupo de referencia a los individuos con 18 o más años de edad sin un grado aprobado de educación superior, quienes constituyen entre 76% y 81% del total en las tres ciudades (Cuadro 1).

#### **IV. Tendencias de la segregación espacial socioeconómica en 1990 y 2000**

A continuación describimos los índices de segregación estimados en 1990 y 2000 para cada una de las cinco dimensiones de la segregación y las cuatro facetas de desigualdad social consideradas (Cuadro 3).

##### *a) Diferencias por dimensiones de la segregación, por faceta de la desigualdad, y por ciudad*

Los niveles de segregación espacial en la dimensión de *uniformidad* son relativamente altos para todas las facetas de la desigualdad social. Con la excepción de la condición migratoria, en todos los casos los índices de Duncan superan el valor de 0.30, y en un número considerable de casos están por encima de 0.40. En 1990, los mayores valores de los índices figuraban en las dimensiones de los ingresos laborales individuales y en el nivel de escolaridad (con excepción de Monterrey, en donde el mayor valor del índice lo tenía el ingreso laboral individual [0.50], seguido de valores muy parecidos [entre 0.42 y 0.45] en las otras tres dimensiones). En 2000 el ingreso individual mantuvo el primer lugar, con valores superiores a los de 1990; el ingreso del hogar pasó al segundo lugar, con rangos del índice entre 0.42 (Guadalajara) y 0.53 (Monterrey).

Los indicadores de *aislamiento* denotan lo que ha sido calificado como un rasgo distintivo de los patrones de segregación espacial en Latinoamérica: fuerte homogeneidad de los sectores populares y relativa heterogeneidad de



los sectores altos. Así, independientemente del área metropolitana en cuestión, los individuos con bajos ingresos tienen una probabilidad superior a 90% de interactuar con otros individuos de su misma condición y —correlativamente—, una probabilidad muy baja —entre 0.06 y 0.08— de hacerlo con los de altos ingresos; hecho que corrobora el fuerte aislamiento social de los pobres urbanos (Katzman, 2001). Muy distinta es la situación que acontece en los grupos de altos ingresos. Éstos no se encuentran realmente aislados, pues las probabilidades de que al azar puedan interactuar con personas de su mismo nivel de ingresos fluctúan entre 20 y 30%, mientras que las de cruzarse con personas de bajos ingresos alcanzan valores de 70 a 80%.

Por su parte, la *concentración*, como expresión del grado en que los miembros de un grupo social se encuentran espacialmente localizados en unidades geográficas pequeñas y densamente pobladas, también muestra niveles relativamente altos en las tres ciudades y en ambos años censales. La condición migratoria es la faceta de la desigualdad en la que se presentan los menores niveles de concentración, con valores entre 0.36 (Ciudad de México en 2000) y 0.32 (Monterrey en 2000). Si se deja de lado la condición migratoria, todos los índices *Delta* estimados se ubican por encima de 0.37. A su vez, las diferencias en los niveles de concentración entre facetas de la desigualdad son pequeñas (con la excepción ya mencionada de la condición migratoria), aunque en Monterrey en 1990, así como en Guadalajara y Monterrey en 2000, existe una ligera tendencia hacia niveles de concentración mayores en la faceta de ocupación.

Con relación a la *centralización*, todos los índices son negativos, lo que indica que en términos relativos los grupos desfavorecidos están más alejados del centro de la ciudad que los más favorecidos. No existen diferencias sustantivas en las distintas facetas de la desigualdad, aunque nuevamente destaca como excepción la condición migratoria, en donde los índices son también negativos, pero menos acentuados que en las otras facetas. Es de señalar que la ciudad de Guadalajara tiende a presentar índices de segregación más altos en esta dimensión. Así, por ejemplo, en 2000 el índice RCI para el nivel de escolaridad era de -0.33 en Guadalajara, frente a -0.20 y -0.23 en la Ciudad de México y Monterrey, respectivamente. Esto indica que en la capital de Jalisco los sectores con menor escolaridad tienden a residir más en la periferia de la metrópoli con relación a los sectores de mayor escolaridad.

Los índices de *proximidad espacial* son todos, una vez más, superiores a 1, lo que expresa que los sectores menos favorecidos ocupan un espacio físico menor en la ciudad en relación al tamaño de su población, que los grupos sociales en la cúspide de la pirámide. En 1990, las facetas de la desigualdad en las que se registraron mayores niveles de segregación fueron el

**Cuadro 3**

Índices de segregación espacial para distintas formas de estratificación social. Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey, 1990 y 2000

		<i>Ciudad de México</i>			<i>Ciudad de México</i>		
		<i>Guadalajara</i>	<i>Monterrey</i>	<i>Guadalajara</i>	<i>Monterrey</i>		
		<i>1990</i>		<i>2000</i>			
Uniformidad (D de Duncan)							
Ingreso laboral	{ individual del hogar	0.43	0.41	0.50	0.48	0.47	
		0.34	0.32	0.45	0.45	0.42	
Ocupación		0.36	0.38	0.42	0.34	0.39	
Condición migratoria		—	—	—	0.21	0.26	
Nivel de escolaridad		0.37	0.42	0.44	0.38	0.45	
Aislamiento 1 (sectores desfavorecidos)							
Ingreso laboral	{ individual del hogar	0.93	0.93	0.93	0.93	0.94	
		0.95	0.94	0.94	0.95	0.95	
Ocupación		0.81	0.84	0.84	0.80	0.83	
Condición migratoria		—	—	—	0.10	0.09	
Nivel de escolaridad		0.86	0.88	0.87	0.85	0.86	
Aislamiento 2 (sectores favorecidos)							
Ingreso laboral	{ individual del hogar	0.21	0.27	0.20	0.20	0.28	
		0.10	0.15	0.10	0.13	0.19	
Ocupación		0.34	0.36	0.31	0.34	0.36	
Condición migratoria		—	—	—	0.93	0.94	
Nivel de escolaridad		0.25	0.30	0.26	0.29	0.37	
Concentración ( <i>Delta</i> )							
Ingreso laboral	{ individual del hogar	0.42	0.40	0.45	0.40	0.39	
		0.40	0.37	0.42	0.39	0.37	
Ocupación		0.42	0.40	0.46	0.40	0.40	
Condición migratoria		—	—	—	0.36	0.33	
Nivel de escolaridad		0.40	0.39	0.44	0.39	0.39	
Centralización (RCI)							
Ingreso laboral	{ individual del hogar	-0.11	-0.25	-0.13	-0.22	-0.27	
		-0.09	-0.23	-0.16	-0.21	-0.24	
Ocupación		-0.17	-0.30	-0.18	-0.19	-0.29	
Condición migratoria		—	—	—	-0.11	-0.08	
Nivel de escolaridad		-0.18	-0.32	-0.17	-0.20	-0.33	
Proximidad espacial (Spatial Proximity)							
Ingreso laboral	{ individual del hogar	1.10	1.09	1.12	1.11	1.10	
		1.04	1.04	1.07	1.07	1.06	
Ocupación		1.12	1.11	1.14	1.11	1.13	
Condición migratoria		—	—	—	1.02	1.03	
Nivel de escolaridad		1.11	1.12	1.14	1.12	1.17	

Fuente: Estimación con base en los resultados de los Censos de Población y Vivienda, 1990 y 2000.

nivel de escolaridad y la ocupación (cifras entre 1.11 y 1.14). Para 2000, el nivel de escolaridad había adquirido clara primacía respecto de los otros dos, con valores entre 1.12 (Ciudad de México) y 1.17 (Monterrey). Llama la atención que en ambos años la segregación asociada a la proximidad espacial fue de nuevo mayor en Monterrey que en las otras dos ciudades, independientemente de la faceta de la desigualdad.

Del panorama descrito hasta ahora sobresalen los siguientes aspectos: 1) la segregación espacial en las dimensiones de *uniformidad y aislamiento* es más elevada en la faceta de ingresos laborales (tanto individual como del hogar) que en las otras facetas de la desigualdad; 2) la segregación espacial en la dimensión de *proximidad espacial* suele ser mayor en las facetas de ocupación y nivel de escolaridad; 3) con contadas excepciones, la condición migratoria es la faceta que presenta los menores niveles de segregación espacial en las cinco dimensiones.

Con respecto a este último punto, es conveniente señalar que es muy probable que los niveles notablemente bajos de SRS se vinculen con la menor importancia relativa que hoy en día posee la migración en la dinámica espacial de las tres ciudades bajo estudio. Conformadas como áreas metropolitanas en los años cuarenta y cincuenta, estas ciudades jugaron un papel central como foco de atracción de la migración interna de alcance nacional (Ciudad de México) y regional (Guadalajara y Monterrey), respectivamente, en los años de fuerte dinamismo demográfico y expansión económica (1940-1970). En aquellos momentos, y década tras década, una parte importante del crecimiento urbano de dichas metrópolis tuvo su origen en los desplazamientos campo-ciudad.<sup>35</sup> El escenario del México finisecular es sin duda otro. La desaceleración del crecimiento demográfico y el descenso en el ritmo de urbanización han restado ímpetu a las corrientes internas de migración. El panorama sociodemográfico descrito en la segunda parte de este trabajo mostró el carácter netamente expulsor de la Ciudad de México, así como de atracción moderada de Guadalajara y Monterrey. Es lógico, por tanto, que habiendo transcurrido ya los momentos de mayor dinamismo migratorio en las tres metrópolis de más larga data del país, y en un contexto de desaceleración del crecimiento demográfico, la migración reciente (de los últimos cinco años)

<sup>35</sup> Entre 1940 y 1970, la población de Guadalajara creció a un ritmo medio anual de 5.5%. Gran parte de este crecimiento fue producto de la migración regional originada en los estados de Jalisco, Michoacán y Zacatecas. En el mismo lapso, la ciudad de Monterrey creció a una tasa de 5.8%, siendo las entidades de Nuevo León, Coahuila, San Luis Potosí y Tamaulipas, las que aportaban la mayoría de sus inmigrantes. Estos flujos de migración fueron responsables de la mitad del crecimiento poblacional registrado por Monterrey en el periodo en cuestión (Pozos, 1996).

haya perdido fuerza como factor de diferenciación en la distribución espacial de su población residente.

Tanto en 1990 como en 2000 Monterrey posee los niveles más altos de SRS en las dimensiones de uniformidad, concentración y proximidad espacial; como ya señalamos, Guadalajara presenta mayores niveles en la dimensión de centralización. No se observan tendencias claras entre ciudades en cuanto al aislamiento. En otras palabras, si dejamos de lado las dimensiones de centralización y aislamiento, la ciudad nortea ostenta los mayores valores de segregación espacial. Aun cuando resulta en principio paradójico que la ciudad con los más altos niveles de ingreso sea también la más desigual en varias de las dimensiones de segregación espacial consideradas, diversos antecedentes de investigación apuntan en la misma dirección. Así, ya en la década de 1970, el trabajo seminal de Portes y Walton (1976) señalaba que el hacinamiento, las malas condiciones de las viviendas de los sectores pobres urbanos, y la deficiente infraestructura de servicios, eran rasgos que oponían claramente a Monterrey frente a Guadalajara, una urbe que mostraba en esos años un crecimiento bastante racional. En la hipótesis de estos autores, el menor desarrollo urbano de la metrópoli regiomontana en ese entonces se originaba en factores históricos y políticos vinculados con el considerable grado de concentración económica de sus élites, su vocación industrial antes que intermediaria o de servicios, y el escaso poder del sector público para contender entre los intereses de las clases dominantes y el bien público, entre otros aspectos. En el mismo sentido pueden ser interpretados los datos de Rubalcava y Chavarría (1999b), quienes constatan, con base en diversos indicadores, que entre 1990 y 1995 las viviendas de la zona metropolitana de Monterrey mostraban, comparadas con Guadalajara y Ciudad de México, los mayores contrastes entre los estratos extremos de marginación.

#### *b) Cambios entre 1990 y 2000*

Para facilitar el análisis de los cambios entre 1990 y 2000 mostramos en el Cuadro 4 la variación promedio en los indicadores de segregación espacial por dos de las tres variables en cuestión: *Panel a.*, faceta de la desigualdad y dimensión de la segregación; *Panel b.*, dimensión de la segregación y ciudad; y *Panel c.*, faceta de la desigualdad y ciudad.

De todas las dimensiones de SRS consideradas, es la *centralización* la que presenta mayores incrementos en la década de los noventa (paneles *a.* y *b.*). En las cuatro facetas de la desigualdad hay incrementos sustantivos, incluso superiores a 50% en el caso de los ingresos, tanto individuales como

del hogar. Estos incrementos fueron bastante mayores en la Ciudad de México (60.7% en promedio para todas las facetas) y en Monterrey (34.7% en promedio). Guadalajara, en cambio, mostraba niveles bastante altos de SRS en esta dimensión desde los noventa, y presenta sólo incrementos moderados en la década (2.9%), de tal forma que las diferencias entre ciudades en el grado de segregación por centralización tendieron a disminuir hacia el final de la década. Así, al finalizar el siglo XX los grupos de menores ingresos y con menores niveles de escolaridad han disminuido su presencia relativa en las zonas céntricas de las tres metrópolis. Este aspecto está sin duda parcialmente relacionado con las distintas fases del proceso de metropolitanismo, en particular la suburbanización y la desurbanización, que suceden a la concentración inicial de las actividades económicas en el centro urbano (Burgess, 1929; Delgado, 1990; Sobrino, 2003a). Pero también con el proceso de revalorización inmobiliaria de las zonas céntricas de las ciudades principales ocurrido en varios países en los últimos años.

La otra dimensión que presenta incrementos significativos es la *uniformidad*. En tres de las cuatro facetas de la desigualdad examinadas los índices de disimilitud tuvieron incrementos promedio considerables: 9.7% en el ingreso individual; 24.7% en el ingreso del hogar, y 5.4% en escolaridad. Es particularmente llamativo el incremento en la disimilitud en el ingreso del hogar: en esta faceta el índice de Duncan presenta una variación de 10 puntos en Guadalajara (Cuadro 3), al pasar de 0.32 a 0.42 entre 1990 y 2000; de 11 puntos en Ciudad de México, al incrementarse de 0.34 a 0.45 en el mismo lapso; y de 5 puntos en Monterrey (0.45 a 0.49). Estos incrementos han terminado por acortar las distancias entre los índices de disimilitud espacial del ingreso individual y familiar, tornándolos más homogéneos. En otras palabras, si bien en 1990 la desigualdad espacial era bastante más acentuada a partir del ingreso individual que familiar, en 2000 sus valores han tendido a aproximarse en las tres metrópolis en virtud del incremento generalizado durante la década de la SRS entre los grupos de altos y bajos ingresos aquí considerados, incremento que fue relativamente más marcado en el nivel de los hogares que en el de los individuos.

Son estas dos dimensiones, la *uniformidad* y la *centralización*, las que presentan mayores cambios en promedio en el periodo. Ambas dan cuenta de tendencias complementarias en la SRS de las grandes metrópolis del país entre 1990 y 2000: una *mayor* desigualdad entre sectores sociales en su distribución en el territorio, acompañada de una *mayor* centralización de los sectores favorecidos en relación a los que no lo son, quienes evidentemente experimentan un desplazamiento hacia la periferia. En cuanto a las otras tres dimensiones analizadas, el *aislamiento* presenta reducciones marginales en

**Cuadro 4**

Cambios porcentuales promedio en los índices de segregación espacial, por ciudad, dimensión de la segregación y faceta de la desigualdad social, 1990-2000

Panel a. Por faceta de la desigualdad y dimensión de la segregación					
	Dimensión de la segregación				Proximidad espacial
	Uniformidad	Aislamiento	Concentración	Centralización	
Faceta					
Ingreso individual	9.7	0.5	-2.1	51.2	1.4
Ingreso del hogar	24.7	0.3	-0.8	55.6	2.6
Ocupación	-2.1	-1.3	-1.6	7.0	0.4
Escolaridad	5.4	-1.9	0.1	17.5	3.1
Panel b. Por dimensión de la segregación y ciudad					
	Dimensión de la segregación				Proximidad espacial
	Uniformidad	Aislamiento	Concentración	Centralización	
Ciudad					
Ciudad de México	10.5	-0.2	-3.5	60.7	0.7
Guadalajara	13.7	-0.3	-0.5	2.9	2.1
Monterrey	4.2	-1.4	0.8	34.7	2.7
Panel c. Por faceta de la desigualdad y ciudad					
	Faceta de la desigualdad				
	Ingreso individual	Ingreso del hogar	Ocupación	Escolaridad	
Ciudad					
Ciudad de México	19.6	32.0	0.2	2.7	
Guadalajara	4.3	7.8	-0.7	3.0	
Monterrey	12.5	9.6	1.8	8.9	

todas las facetas (menores a 1.5%), la *concentración* leves decrementos en la Ciudad de México y Guadalajara (-3.5% y -0.5%, respectivamente), y la *proximidad espacial* leves incrementos promedio en todas las ciudades y facetas de la desigualdad (menores a 2.7 por ciento).

Por último, cuando analizamos las variaciones por faceta de la desigualdad entre ciudades (*Panel c.* del Cuadro 4) observamos que la Ciudad de México presenta los mayores incrementos en la faceta de ingresos laborales, mientras que Monterrey tiene los mayores incrementos en la SRS por nivel de escolaridad. Si analizamos con detalle las fuentes de esta variación promedio (Cuadro 3) puede concluirse que en ambos casos el índice que más contribuye a la variación intercensal es el de centralización, sólo que en la Ciudad de México la descentralización se organizó principalmente en torno a los ingresos laborales, mientras que en Monterrey lo hizo en torno al nivel de escolaridad.

## V. Cambios socioeconómicos y persistencia de la segregación espacial

De los datos expuestos en los acápites previos, y de la recensión del estado del arte en los estudios de segregación espacial en México, emerge un panorama de cambios y no pocas continuidades en la división social del espacio metropolitano. Por un lado, los datos sugieren que el modelo económico en curso ha repercutido de forma importante sobre los patrones de SRS en las tres primeras áreas metropolitanas del país en al menos una de sus facetas más significativas: el ingreso laboral, ya sea individual o familiar. Por otro, los indicadores que miden la probabilidad de contacto entre los grupos situados en los puntos extremos de las distintas jerarquías sociales, reafirman la continuidad del fuerte aislamiento (e intensa proximidad) que aqueja a los grupos menos favorecidos de la sociedad metropolitana en el México de finales del siglo XX, grupos que, a juzgar por los valores obtenidos en los parámetros de centralización, han disminuido también su presencia relativa en las zonas céntricas de las tres ciudades, pero en especial de Monterrey y México.

En lo que atañe al primer aspecto, resulta evidente que los fuertes cambios por los que han transitado las tres principales economías metropolitanas del país no se han traducido en un acortamiento de las distancias sociales, en una mayor equidad relativa, sino más bien en lo opuesto. La acentuación de la distancia social entre las personas situadas en el extremo superior de la pirámide de ingresos y el resto de la población, una constante en las tres ciudades analizadas, deja al descubierto los efectos negativos del modelo económico en curso sobre la distribución social del espacio urbano. Es de destacar que el ensanchamiento de la distancia fue todavía mayor en el nivel de los ingresos laborales de los hogares que de los individuos, alejándolos aún más de los ámbitos en donde residen quienes se encuentran en los peldaños superiores de la estructura de ingresos descrita en esta investigación, a

pesar de que desde 1984 el aumento continuo del número de perceptores por hogar ha sido el recurso al que por excelencia han acudido las familias mexicanas para frenar la caída ininterrumpida de sus ingresos y el deterioro de sus condiciones de vida (Rubalcava, 2001; Cortés, 2000).

Un aumento de la desigualdad en la división social del espacio entre grupos sociales fue observable también en el caso de la escolaridad en las tres ciudades, y en mayor medida en Monterrey, hecho que contradice la supuesta tendencia a la equidad en la división social del espacio que el proceso secular de ampliación de la cobertura educativa y de consolidación urbana deberían propiciar.

Una de las hipótesis que subyacen en la discusión académica de la relación entre cambios socioeconómicos y segregación espacial en el contexto de la globalización, plantea un nexo entre la polarización y segmentación crecientes del mercado de trabajo y la polarización espacial de los grupos sociales en el hábitat urbano (Sassen, 1991; Borja y Castels, 1997). Nuestro análisis no fue diseñado para lograr una verificación o refutación empírica de dicha formulación hipotética, por cuanto no formaba parte de nuestros objetivos la medición de la polarización *per se* en el mercado de trabajo, como tampoco su correspondencia o no con la distribución espacial. Y aun cuando fuera posible cuantificar la creciente polarización de las ocupaciones, restaría por sustentar su nexo empírico con el proceso de globalización. Lo que nuestros datos sí sugieren, dentro de sus limitaciones, es que en el contexto de los profundos cambios económicos acaecidos entre 1990 y 2000, en las tres metrópolis analizadas se acentuó la distancia en la división social del espacio —la segregación espacial socioeconómica— entre los grupos que conforman la jerarquía de ingresos laborales aquí construida (los que devengan más y menos de 8 950.00 pesos en el nivel individual; y los que perciben más o menos de 17 900.00 pesos en el nivel familiar); y, en algunos casos también (Guadalajara y Monterrey), en la pirámide educativa (personas mayores de 18 años con o sin algún grado de educación superior aprobado). Si estas tendencias guardan un nexo causal con los cambios ocurridos en el mercado de trabajo, aunque plausible, es un aspecto pendiente de investigación por los especialistas del tema.

Por su parte, la acusada periferización durante los noventa de los sectores menos favorecidos en las tres ciudades, pero particularmente en la Ciudad de México y Monterrey,<sup>36</sup> podría ser el resultado de la combinación de un proceso “natural” de crecimiento metropolitano con los altos y persistentes niveles de desigualdad social característicos de la sociedad mexicana. El

<sup>36</sup> Guadalajara ya presentaba alta SRS por centralización desde 1990.



proceso de crecimiento metropolitano anticipa una progresiva pérdida de población en las áreas centrales a medida que avanza la expansión metropolitana.<sup>37</sup> Para la Ciudad de México esta tendencia viene verificándose al menos desde los años sesenta, según lo refieren diversas fuentes (CONAPO, 1998; Duhau, 2003),<sup>38</sup> y denota la influencia conjunta de varios factores: la descentralización del comercio y los servicios hacia áreas intermedias (Garza, 1989), el desplazamiento de la vivienda por alquiler hacia la periferia (Coulomb y Duhau, 1989), y los esfuerzos de recuperación de la plusvalía de las áreas centrales por parte de la iniciativa privada a través de la remodelación y el adcentamiento de los inmuebles (*gentrificación*). Partiendo de esta última tendencia, la “descentralización” de los sectores bajos puede denotar —sin desmedro de los demás factores— un nuevo cariz del proceso de SRS en las ciudades de México y Monterrey, reconocible en la “expulsión” de los sectores más desfavorecidos de las áreas céntricas revalorizadas por el nuevo mercado inmobiliario.

La continuidad en el aislamiento social de los grupos menos favorecidos, el otro de los aspectos resaltado por nuestros datos, suscita varios puntos de reflexión. Es, ante todo, un hecho que se vincula directamente con lo que ha sido llamado el efecto “patológico” de la segregación espacial (Lévy y Brun, 2000). Por sí solo, el aislamiento espacial promueve efectos sociales perversos en la medida en que las fronteras entre los espacios residenciales encierran la potencialidad de multiplicar otras distancias sociales (de raza, de clase, de género) (Lévy y Brun, 2000). Ya sea en la dimensión del ingreso, de la escolaridad o de la ocupación, las personas situadas en la base de la pirámide social continúan teniendo en México, tanto en 1990 como en 2000, muy pocas probabilidades de interactuar con quienes detentan la mayoría de los beneficios del bienestar social.

Kaztman (2001) ha elaborado un complejo marco analítico para comprender el modo en que las distintas formas de segmentación (laboral, educativa y residencial) se refuerzan para dar lugar a un círculo vicioso de reproducción ampliada del aislamiento social, en el que tienen un papel estelar los efectos excluyentes del modelo económico en curso. El aislamiento so-

<sup>37</sup> En el caso de México se estima, por ejemplo, que a los diez años de haberse constituido un área metropolitana, 90% de su población tiende a residir en el área central, proporción que disminuye a 80% a los 20 años de conformación, y a 55% a los 40. En ese lapso (alrededor de 50 años) la mitad de la población de las metrópolis del país residiría en las periferias (Sobrino, 2003a:197).

<sup>38</sup> Duhau (2003:191) señala, apoyándose en los datos del CONAPO (1998), que desde al menos la década de 1960 las delegaciones centrales de Venustiano Carranza, Miguel Hidalgo, Cuauhtémoc y Benito Juárez, en la Ciudad de México, acusan pérdida absoluta de población.

cial de los pobres urbanos y su aglomeración (o contigüidad espacial), por la triple vía del acceso restringido y segmentado al mercado de trabajo, a los servicios educativos y al espacio residencial (segregación espacial), constituye un obstáculo formidable en el proceso de acumulación de los activos necesarios para escapar de la pobreza, tendiendo así —en palabras del autor— un puente paradigmático con la exclusión social como característica distintiva de la sociedad actual (Katzman, 2001:173). En su planteamiento hipotético, la segregación residencial incide negativamente tanto sobre el capital social individual como colectivo. Al encontrarse aislados socialmente, los pobres urbanos circulan en redes de relaciones sociales poco eficaces de cara a sus objetivos de movilidad social, a la vez que poseen escasos contactos con modelos de rol exitosos, todo lo cual debilita su sentimiento de ciudadanía o pertenencia grupal (Katzman, 2001:173).

Como señala Katzman, lo paradójico es que esta menguante participación en los bienes materiales propiciada por el deterioro de la condición laboral ocurre en el contexto de una creciente participación simbólica —vía los medios de comunicación— en las posibilidades de bienestar propias de una sociedad afluyente, contradicción que acrecienta la vivencia de la privación relativa y abre la puerta a rutas ilegítimas de obtención del estatus social. Nuestros datos corroboran que el considerable aislamiento social de los grupos menos favorecidos (los de menores ingresos y escolaridad, y parte de los que cuentan con ocupaciones distintas a las manuales calificadas), constituye un rasgo de continuidad en los patrones de segregación espacial observados en las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, entre principios y finales de los años noventa (1990 y 2000).

## VI. Consideraciones finales

Por las limitaciones que las fuentes censales imponían a la desagregación espacial y a la comparación entre áreas metropolitanas antes de 1990, existían dificultades para realizar estudios comparativos de la segregación espacial, y en todo caso los esfuerzos realizados se encontraban restringidos a la Ciudad de México. Por ello, el aporte de este trabajo consiste en evaluar las características de la segregación espacial socioeconómica en las tres metrópolis más importantes del país (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey) en dos momentos del tiempo (1990 y 2000). El objetivo de nuestro análisis fue determinar si los profundos cambios socioeconómicos vividos por el país en las últimas décadas han estado acompañados de un aumento en la SRS entre grupos situados en los extremos de la jerarquía social, tal y como ésta fue

construida empíricamente para los propósitos de esta investigación. Con la finalidad de analizar algunas de las múltiples aristas de la segregación espacial incluimos cuatro facetas de la desigualdad: los ingresos laborales (individuales y familiares), la jerarquía ocupacional, el nivel educativo y la condición migratoria, y cinco dimensiones de la segregación (uniformidad, aislamiento, concentración, centralización y proximidad espacial).

Los resultados sugieren que en México la dimensión espacial no escapa a la profundización de las desigualdades sociales que caracteriza a los profundos cambios socioeconómicos sufridos por la región en las últimas décadas. Entre 1990 y 2000 ha ocurrido una ampliación de la desigualdad en la distribución espacial entre los grupos de altos y bajos ingresos laborales aquí incluidos, y también la que media entre las personas con algún grado de escolaridad superior aprobado en relación a las que carecen de este estratégico recurso social. Parecería que en el ámbito de la SRS, el ingreso continúa siendo la variable socioeconómica que mayor poder discriminatorio posee, la que más sensible se muestra para expresar con claridad diferencias de grado en la estructura social. La profundización de esta distancia fue más acentuada en el nivel de los ingresos laborales familiares que individuales, no obstante que, como señalamos, el aumento continuo del número de perceptores por hogar ha sido desde mediados los años ochenta el recurso más socorrido por las familias mexicanas para frenar la caída de sus ingresos y sus condiciones de vida (Rubalcava, 2001; Cortés, 2000).

Resulta claro que en el contexto de segregación socioespacial que hemos venido discutiendo, son pocas las posibilidades que los grupos menos favorecidos tienen de escapar del aislamiento social y la aglomeración a que los condena la superposición de varios ejes de distancia social (segmentación educativa, laboral, residencial, étnica, de clase, etc.). La potencialidad que la segregación espacial encierra de multiplicar las barreras propias de otras fronteras sociales, halla sin duda un caldo de cultivo en la agudización de las brechas entre grupos sociales extremos que hemos descrito. Ya sea en la dimensión del ingreso, de la escolaridad o de la ocupación, las personas situadas en la base de la pirámide social continúan teniendo en México, tanto en 1990 como en 2000, muy pocas probabilidades de interactuar con quienes detentan la mayoría de los beneficios del bienestar social. La segregación residencial socioeconómica sigue siendo por tanto un rasgo de continuidad en el México urbano de principios del siglo XXI, que tendió a acentuarse en algunas dimensiones en las tres principales áreas metropolitanas del país.

Recibido: abril, 2008  
Revisado: agosto, 2008

Correspondencia: M. A.: Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México/Circuito Mario de la Cueva s/n / México, D. F./C. P. 04510/tel.: (52)5622-7400/correo electrónico: ariza@servidor.unam.mx/P. S.: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco 20/México, D. F./C. P. 10740, tel.: (52) 5449 3000/correo electrónico: psolis@colmex.mx

### Bibliografía

- Alba, Carlos (2005), "De la industria tradicional a la industria electrónica. Actores locales y globales en Guadalajara, Jalisco", en Margarita Estrada y Pascal Lava-se (coords.), *Producciones locales y globales en los países emergentes: México, India y Brasil*, México, CIESAS/IRD, pp. 39-91.
- (1998), "Tres regiones de México ante la globalización: los casos de Chihuahua, Nuevo León y Jalisco", en C. Alba, I. Bizberg y Hélène Rivière (comps.), *Las regiones ante la globalización. Competitividad territorial y recomposición geopolítica*, México, El Colegio de México, pp. 189-261.
- Alegría, Tito (1994), "Segregación socioespacial urbana. El ejemplo de Tijuana", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 2, mayo-agosto, pp. 411-437.
- Ariza, Marina y J. M. Ramírez (2005), "Urbanización, mercados de trabajo, y escenarios sociales en el México finisecular", en Alejandro Portes, Bryan Roberts y A. Grimson (eds.), *La ciudad latinoamericana. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*, Buenos Aires, Argentina, Universidad de Princeton/Universidad de Texas en Austin/Instituto para el Desarrollo Económico y Social (IDES)/Editorial Prometeo, pp. 299-361.
- Arriagada Luco, Camilo y Jorge Rodríguez Vignoli (2003), *Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política*, Santiago de Chile, CELADE-Division de Población/UNFPA.
- Arroyo García, Francisco (2001), "Dinámica del PIB de las entidades federativas de México, 1980-1999", *Comercio Exterior*, vol. 51 núm. 7, julio, pp. 583-599.
- Bendesky, León (2003), "Despliegue regional del empleo en las manufacturas", en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coords.), *La situación del trabajo en México*, México, UAM/IET/Solidarity Center/Plaza y Valdés, pp. 273-296.
- Borja, J. y Manuel Castels (1997), *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, México, Taurus.
- Burgess, Ernest (1929), "Urban areas", en T. Smith y D. White (eds.), *Chicago: An Experiment in Social Science Research*, Chicago, University of Chicago Press.
- Carrillo, Jorge y M. Eugenia de la O (2003), "Las dimensiones del trabajo en la industria maquiladora de exportación de México", en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coords.), *La situación del trabajo en México, 2003*, México, Plaza y Valdés, pp. 297-322.

- Chávez, Ana María (1999), *La nueva dinámica de la migración interna en México: 1970-1990*, Cuernavaca (Morelos, México), Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (1998), *Escenarios demográficos y urbanos de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, 1990-2010*, México, CONAPO.
- Cortés, Fernando (2000), "Crisis, miembros del hogar e ingresos", *Demos. Carta demográfica sobre México*, vol. 13, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 35-36.
- Coulomb, R y E. Duhau (1989), *Políticas urbanas y urbanización de la política*, México, UAM-A.
- Delgado, Javier (1990), "De los anillos a la segregación. La ciudad de México, 1950-1987", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 5, núm. 2, pp. 237-274.
- Duhau, Emilio (2003), "División social del espacio metropolitano y movilidad residencial", *Papeles de Población*, Nueva Época, Año 9, núm. 36, abril-junio, pp. 161-210.
- Duncan, Otis D. y B. Duncan (1955), "A Methodological Analysis of Segregation Indices", *American Sociological Review*, vol. 20, pp. 210-217.
- Fleck, Susan (2001), "A Gender Perspective on Maquila Employment and Wages in Mexico", en Elizabeth Katz y Maria Correia (eds.), *The Gender of Economics in Mexico. Work, Family, State, and the Market*, Washington, D. C., El Banco Mundial, pp. 133-173.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2003), "Trabajo e ingreso de los miembros de las familias", en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coords.), *La situación del trabajo en México*, México, UAM/IET/Solidarity Center/Plaza y Valdés, pp. 77-96.
- (2001), "Heterogeneidad laboral y calidad de los empleos en las principales áreas urbanas de México", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 7, núm. 14, Asociación Latinoamericana de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, pp. 145-164.
- Garza, Gustavo (1999a), "La estructura socioespacial de Monterrey, 1970-1990", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 14, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 545-597.
- (1999b), "Monterrey en el contexto de la globalización económica en México", en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), *La Globalización en Nuevo León*, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, pp. 19-50.
- (1995) (coord.), *Atlas de Monterrey*, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, Instituto de Estudios Urbanos de Nuevo León, El Colegio de México.
- (1991), "Dinámica industrial en la Ciudad de México, 1940-1988", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 6, núm. 1, enero-abril, pp. 209-214.
- (1989), "La política de parques y ciudades industriales en México: etapa de expansión, 1971-1987", en Gustavo Garza (comp.), *Una década de planeación urbano-regional en México, 1978-1988*, México, El Colegio de México, pp. 177-209.

- Hernández Gómez, Emilio (2001), "Globalización y segregación urbana en Tijuana, Baja California", *Comercio Exterior*, vol. 51, núm. 3, marzo, pp. 234-242.
- Iceland, John, Daniel H. Weinberg y Erika Steinmetz (2002), *Racial and Ethnic Residential Segregation in the United States: 1980-2000*, U.S. Census Bureau, Series CENS-3, Washington, D. C., U. S. Government Printing Office, texto completo en URL: [http://www.census.gov/hhes/www/housing/housing\\_patterns/pdf/censr-3.pdf](http://www.census.gov/hhes/www/housing/housing_patterns/pdf/censr-3.pdf)
- Kaztman, Rubén (2001), "Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos", *Revista de la CEPAL*, núm. 75, Santiago de Chile, pp. 171-189.
- Lévy, Jean-Pierre y Jacques Brun (2000), "De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad", en Françoise Dureau, Véronique Dupont, Éva Lelièvre, J.-P. Lévy y Thierry Lulle (coords.), *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Bogotá, IRD/Universidad externado de Colombia/Editorial Alfa y Omega, pp. 147-161.
- Martori i Cañas, J. C. y Karen Hoberg (2004), "Indicadores cuantitativos de segregación residencial. El caso de la población inmigrante en Barcelona", *Geo Crítica/Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 15 de julio, vol. VIII, núm. 169, texto completo, URL: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-169.htm>, última consulta agosto, 2008.
- Massey, Douglas y Nancy Denton (1988), "The Dimensions of Residential Segregation", *Social Forces*, vol. 67, núm. 2, diciembre, pp. 281-315.
- Millán, Henio (2000), "Exportaciones y servicios financieros en la globalización", en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, México, El Colegio de México, pp. 195-201.
- Oliveira, Orlandina de y Brígida García (1996), "Cambios recientes en la fuerza de trabajo industrial mexicana", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 11, núm. 2, mayo-agosto, pp. 229-262.
- Oliveira, Orlandina de, M. Ariza y M. Eternod (2001), "La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional de Población, pp. 873-923.
- Olivera Lozano, Guillermo (1997), "Transformación metropolitana en México: efectos económico-territoriales del comercio exterior", *Comercio Exterior*, vol. 47, núm. 4, pp. 259-269.
- Portes, Alejandro y John Walton (1976), *Urban Latin America: The Political Condition from Above and Below*, Austin, University of Texas Press (The Texas Pan American Series).
- Pozas, María de los Ángeles (1999), "Estrategias de globalización y encadenamientos productivos: el caso de Monterrey", en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), *La Globalización en Nuevo León*, Monterrey (Nuevo León, México), Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 115-153.
- Pozos, Fernando (1996), *Metrópolis en reestructuración: Guadalajara y Monterrey, 1980-1989*, Guadalajara (Jalisco, México), Universidad de Guadalajara.

- Preteceille, Edmond y Luis Cesar Queiroz Ribeiro (1999), "Tendências da segregação social em metrópoles globais e desiguais: Paris e Rio de Janeiro nos anos 80", *EURE* (Santiago), vol. 25, núm. 76, diciembre, Santiago de Chile, Chile (<http://www.Scielo.cl/scielo.php>).
- Reardon, Sean F. y Glenn Firebaugh (2002), "Measures of Multigroup Segregation", *Sociological Methodology*, vol. 32, pp. 33-67.
- Rodríguez Bautista, Juan Jorge y María del Rosario Cota Yáñez (2001), "Efectos de la reestructuración económica en la zona metropolitana de Guadalajara", *Comercio Exterior*, vol. 51, núm. 7, julio, pp. 634-642.
- Ros, Jaime (1985), "La crisis económica. Un análisis general", en P. González Casanova y H. Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, vol. 1, México, Siglo XXI, pp. 135-154.
- Rubalcava, Rosa María (2001), "Evolución del ingreso monetario de los hogares en el periodo 1977-1994", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, CONAPO y FCE, pp. 694-724.
- Rubalcava, Rosa María y Jorge Chavarría (1999a), "La marginación en la zona metropolitana de la Ciudad de México", en Gustavo Garza (coord.), *Atlas demográfico de México*, México, CONAPO y PROGRESA, pp. 59-62.
- (1999b), "La marginación en Puebla, Guadalajara y Monterrey", en Gustavo Garza (coord.), *Atlas demográfico de México*, México, CONAPO y PROGRESA, pp. 63-83.
- Rubalcava, Rosa María y Martha Schteingart (2000a), "Segregación socioespacial", en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, México, Gobierno del Distrito Federal y El Colegio de México, pp. 287-296.
- (2000b), "La división social del espacio en las grandes metrópolis mexicanas. Un estudio comparativo", *El mercado de valores*, Nacional Financiera, año LX, núm. 4, abril, pp. 20-33.
- (1987), "Estructura urbana y diferenciación socioespacial en la zona metropolitana de la ciudad de México, 1970-1980", en Gustavo Garza (coord.), *Atlas de la Ciudad de México*, México, El Colegio de México, pp. 108-115.
- (1985), "Diferenciación socio-espacial intraurbana en el área metropolitana de la ciudad de México", *Estudios Sociológicos*, vol. 3, núm. 9, septiembre-diciembre, pp. 481-514.
- Sabatini, F. (2003), "La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina", *Serie Azul*, núm. 35, julio, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Sassen, Saskia (1991), *The Global City: New York, London, Tokio*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Schteingart, Martha (2001), "La división social del espacio en las ciudades", *Perfiles latinoamericanos*, año 10, núm. 19, pp. 13-32.
- Sobrino, Jaime (2003a), *Competitividad de las ciudades en México*, México, El Colegio de México.

— (2003b), “Zonas metropolitanas de México en 2000: conformación territorial y movilidad de la población ocupada”, *Estudios Demográficos y Urbanos* 54, vol. 18, núm. 3, pp. 461-507.

Stanback, T. y T. Noyelle (1982), *Cities in Transition*, Totowa (Nueva Jersey), Allanheld, Osmun & Co. Publishers.



